

CERVANTES. Son solo palabras, armas poderosas, quién me dice a mí que no me traicionaste y que no debes morir.

LEONOR. Mi señor, porque tras las palabras se esconde la sinceridad y la honestidad de esta mujer, su futura mujer que se rinde ante usted con gran valentía.

Se abrazan y se ríen.

CERVANTES. Vean nuestros oyentes que aquí se halla Cervantes defendiendo a las bellas mujeres que nadie deberá ultrajarlas. Por mi gloria que en mi pluma siempre se esconderá mi gran admiración hacia estos bellos seres que un Dios creó y que musas para nuestros ojos, oídos, olfato y gusto son.

LEONOR. Querido Cervantes, a vos os debo esta historia que escribís y os rindo pleitesía, pero ojalá todos los hombres fueran como vos.

CERVANTES. Hermosa Leonor, con mis escritos dejaré el legado para que en lo posible así sea y ya hablaré con mi querido William Shakespeare para que a ello contribuya.

Le hace un ademán para que se agarre a su brazo y marchen.

Señora mía, hasta mañana, que seguiremos con nuestro relato de aventuras y desventuras.

Salen de la estación.

4. LA PASTORA MARCELA, DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA MARINA SÁNCHEZ

Monólogo de actriz con interacción de los pasajeros, siendo estos los pastores a los que enmienda.

Perdonad, ¿¡Qué decís!?! ¿Qué habláis Ambrosio, tú y tus amigos? ¿Que soy un fiero basilisco de las montañas? ¿Que con mi presencia vierten sangre sus heridas? ¿Que mi crueldad le quitó la vida? ¿Que vengo a ufanarme de mis infames hazañas?

No. No vengo a ninguna cosa de las que aquí se han dicho, sino a volver por mí misma, y a dar a entender cuán fuera de razón van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me

culpan; y así, ruego a todos los que aquí estáis me estéis atentos, que no será menester gastar muchas palabras. No vengo, ¡oh Ambrosio!, a ninguna cosa de las que has dicho —respondió Marcela—, sino a volver por mí misma, y a dar a entender cuán fuera de razón van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan; y así, ruego a todos los que aquí estáis me estéis atentos, que no será menester gastar muchas palabras ni mucho tiempo para persuadir una verdad a los discretos —tan sólo una parada de metro.

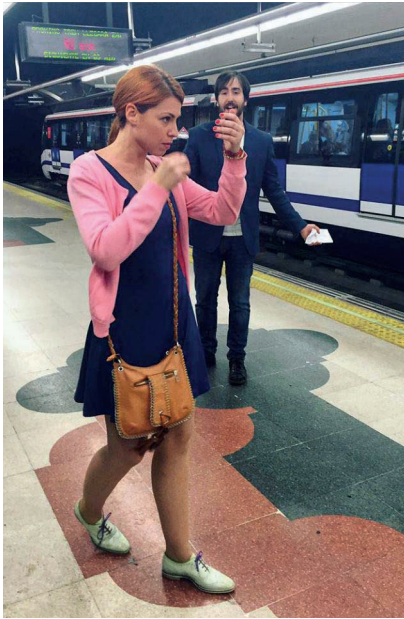
Hízome el cielo, según vosotros decís, hermosa, y de tal manera que, sin ser poderosos a otra cosa, a que me améis os mueve mi hermosura; y, por el amor que me mostráis, decís, y aun queréis, que esté yo obligada a amaros. Yo conozco, con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que, por razón de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso a amar a quien le ama. Y más, que podría acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y, siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir «Quiérote por hermosa; hasme de amar aunque sea feo». Pero, puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos, que no todas hermosuras enamoran; que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, sería un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber en cuál habían de parar; porque, siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos habían de ser los deseos. Y, según yo he oído decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario, y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿por qué queréis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no más de que decís que me queréis bien? Si no, decidme: si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, ¿fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábades? Cuanto más, que habéis de considerar que yo no escogí la hermosura que tengo; que, tal cual es, el cielo me la dio de gracia, sin yo pedilla ni escogella. Y, así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa; que la hermosura en la mujer honesta es como el fuego apartado o como la espada aguda, que ni él quema ni ella corta a quien a ellos no se acerca.

Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos. Los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destes arroyos mis espejos; con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado y espada puesta lejos. A los que he enamorado con la vista he desengañado con las palabras. Y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna a Grisóstomo ni a otro alguno, el fin de ninguno dellos bien se puede decir que antes le mató su porfía que mi crueldad. Y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada a corresponder a ellos, digo que, cuando en ese mismo lugar donde ahora se cava su sepultura me descubrió la bondad de su intención, le dije yo que la mía era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura; y si él, con todo este desengaño, quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, ¿qué mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuviera, fuera falsa; si le contentara, hiciera contra mi mejor intención y prosupuesto. Porfió desengañado, desesperó sin ser aborrecido: ¡mirad ahora si será razón que de su pena se me dé a mí la culpa! Quéjese el engañado, desespérese aquel a quien le faltaron las prometidas esperanzas, confíese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel a quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito.

El cielo aún hasta ahora no ha querido que yo ame por destino, y el pensar que tengo de amar por elección es escusado. Este general desengaño sirva a cada uno de los que me solicitan de su particular provecho; y entiéndase, de aquí adelante, que si alguno por mí muriere, no muere de celoso ni desdichado, porque quien a nadie quiere, a ninguno debe dar celos; que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes.

Yo, como sabéis, tengo riquezas propias y no codicio las ajenas; tengo libre condición y no gusto de sujetarme: ni quiero ni aborrezco a nadie. Tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen, es a contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma a su morada primera.

Mutis.



A la izquierda, Irene Soler y Daniel Rimón interpretan *En un andén de metro de cuya estación no quiero acordarme*. Y, a la derecha, Esther Marín representa *Sancha de la Mancha*.



Inma Garzía y Estefanía Rocamora en *¿Tragedia o drama?, ¿Quién sabe?*